

Cazador de la aurora



ADOLFO CASTAÑÓN

What a singular moment is the first one, when you have hardly begun to recollect yourself, after starting from midnight slumber

Nathaniel Hawthorne: "The haunted mind"

No soy de los que pueden levantarse fácilmente de la cama. He desarrollado cierta capacidad para despertarme algunos minutos antes de lo necesario y poder dormir de nuevo. Una vez despierto, con los ojos cerrados, me gusta remolonear, demorarme en el baño tibio de las sábanas y oír desde el lecho los ruidos de la casa y de la calle, divirtiéndome, por ejemplo, en adivinar la hora, el estado del tiempo, la forma de las nubes en el cielo. Mucho antes de incorporarse, mi mente ya ha salido de la recámara, ha navegado por los corredores en busca de un café y recalado en el baño

donde he medido la salud en la abundancia del chorro orinado. Es cierto, he dormido. Pero, ¿habré descansado?, ¿qué tan limpio está el ojo de la mente?, ¿qué reservas de sereno alborozo he logrado traer de la oscura noria dormida? Con el cuerpo todavía acostado y ensayando no moverme ni siquiera un milímetro, el espejo de la mente se busca y se considera, trata de rescatar la medusa que evolucionaba veloz en las aguas del sueño aunque sólo logre traer entre las manos de la conciencia unas cuantas ramas rotas, unos sargazos confusos de aquel bosque de imágenes. En otra época —y todavía hoy en ciertas ocasiones privilegiadas— llegaba a atraer hacia la playa consciente a algunos de esos seres y mantenerlos vivos debajo de las sábanas como si fuese la cama un acuario capaz de cautivar con vida aquellas formaciones líquidas, viscosas estrellas a veces dulces, a veces amar-



gas. Pero aun si no puedo conservarlas vivas, latiendo ahí su rumoroso canto mineral, si no puedo mantenerlas junto a mí, bajo las sábanas, alimentando su danza con mi aliento, me gusta permanecer echado —simulada presa para esas aves— secándome tranquilo ante el sol de la conciencia después del cotidiano baño lustral hasta que la piel de la atención cruje tensa y seca como tambor. Pero ay, lamentablemente no siempre es así, no siempre puedo dejar correr entre los dedos la arena movediza de la vida oscura ni deleitarme con su fuga presurosa. A veces, muchas veces, es preciso recurrir a la guadaña del despertador para que con su timbre irresistible, su agudo silbido de titánica sirena nos convoque a la tierra poblada de lázaros que diariamente han sido regurgitados por las bocas del sueño e inventan mil y un ocupaciones con tal de olvidar esa condición de resucitados involuntarios y de mal humor. No abundaré en la crueldad del despertador que —así sea una voz— sigue sonando y llamándonos aun después de que ya estamos supuestamente despiertos y nos obliga a saltar de la cama como de un tren en marcha, a abrir puertas y cortinas apremiándonos a tal punto que, por unos instantes, creemos haber perdido toda la reserva acumulada por el sueño sintiendo que su sonido practica en nosotros un agujero por el cual se va al caño diurno ese vino dulce, el más dulce, del sueño. En esas ocasiones el despertar es tan violento que resulta dos veces parcial y sólo momentos después cuando, como el cuchillo raspando la mantequilla, la navaja se unta en la piel o se adentra en los pabellones del olfato el aroma del café, despertamos, creemos por fin despertar. Pero el que flota inmóvil y ya casi despierto en la cama no quisiera interrumpir la dulce, oscura navegación, o anhela estar ya en la ducha de agua caliente, envuelto en ese denso vapor que parece tan propicio para que revivan por un momento las figuras y vegetaciones del sueño, ese vapor que primero envuelve al cuerpo como una capa, luego como una túnica marisma o aura gaseosa de húmedo algodón y que por fin entra por narices y boca haciendo sentir que no hay mayor diferencia entre la nube exterior y la gaseosa, inaprensible substancia que llena la cabeza y sólo raras veces desaparece dejando desnuda bajo el sol o el cielo estrellado a la impasible retina mental. Esa misma que ahora se entrecierra bajo las sábanas y delecta al mundo a través de su desmesurada pauta. Así, el ojo de la mente considera al cuerpo vivido y lo pone ante su espejo, dictamina con ojo crítico y enterado que a ese cuerpo le hacen falta todavía muchas horas de inmersión en el baño lustral para atenuar un poco las manchas que ha dejado la experiencia —como la tinta del periódico barato en las manos del lector—, en el cuerpo vivido, ese mismo cuerpo que ahora sale de la cama y ya no como sonámbulo pues se ha enfriado el caldo del sueño y ahora la única forma de recobrarlo no es quedarse bajo las sábanas como un insecto averiado sino salir y entregarse a ese otro baño, a ese otro sueño que trae entre sus redes la locura del día. ◆

